

Diseño de tapa: María L. de Chimondeguy / Isabel Rodríguez

Esta obra ha sido publicada en el marco del convenio editorial  
celebrado entre la Universidad de San Andrés y  
la Editorial Sudamericana el 13 de diciembre de 1994.



**PROGRAMA**  
**INTERUNIVERSITARIO**  
de  
**HISTORIA POLÍTICA**

ÁLVARO FERNÁNDEZ BRAVO

## Literatura y frontera

*Procesos de territorialización en las culturas  
argentina y chilena del siglo XIX*

EDITORIAL SUDAMERICANA  
UNIVERSIDAD DE SAN ANDRÉS  
BUENOS AIRES

## No todo es mentira

"Ya que el sentido nunca está solamente en uno de los dos términos de una dualidad, ya que es también la frontera, el filo o la articulación de la diferencia entre los dos, ya que dispone de una impenetrabilidad que le es propia y en la que se refleja, debe desarrollarse en sí mismo en una serie de paradojas, esta vez interiores."

DELEUZE<sup>1</sup>

-Y ustedes también son argentinos -les decía a los indios-. Y si no, ¿qué son? -les gritaba-; yo quiero saber lo que son.

LUCIO V. MANSILLA<sup>2</sup>

### *I. Las fronteras culturales*

Jorge Luis Borges recordaba con ironía cuando Victoria Ocampo editó el primer número de *Sur* en 1931. La escritora había resuelto entonces incluir en la portada de la revista una serie de ilustraciones de paisajes argentinos. Las cataratas del Iguazú, la Cordillera de los Andes, acaso también una imagen de la Patagonia, hablarían desde la tapa de la publicación, pensada también para un público europeo, de la cultura argentina y latinoamericana exhibiendo al mismo tiempo imágenes de la geografía nacional. Esas imágenes del paisaje servirían para representar, junto a los

textos de los poetas y escritores incluidos en la publicación, a la cultura nacional (Borges 1964: 377).

Poco más de un siglo antes, Andrés Bello escogía imágenes de fertilidad y exuberancia tropical para ilustrar los ejemplares de la revista *Repertorio Americano*, que publicaba con otros exiliados hispanoamericanos en Londres (Pratt 1992: 176). En ambos casos resulta interesante pensar una conexión triangular que vincula, de un modo curioso y contingente, como señalaba Borges, la cultura, el territorio y la identidad. ¿Por qué se establece esta relación que asocia la representación verbal del paisaje con la identidad nacional? ¿Qué hay en la geografía y en la naturaleza de una región que exprese la identidad de esa cultura? ¿Por qué emplear un texto literario para capturar representaciones espaciales del territorio y por qué esas imágenes del paisaje son empleadas a su vez para representar una cultura, identificando en ella rasgos de la identidad nacional?

Esas preguntas impulsaron el desarrollo de este trabajo. Muchos de los textos recorridos en él fueron publicados y leídos bajo las mismas condiciones que las revistas de Victoria Ocampo y de Andrés Bello, construyendo a su paso una tradición cultural y literaria. El *Facundo* (1845), las *Investigaciones filosóficas sobre la influencia social de la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile* (1844), la *Crónica de la Araucanía* (1888) o *La Australia argentina* (1898) fueron concebidos y leídos como verdaderos archivos de las culturas chilena y argentina, descripciones territoriales que se superponen y contradicen mutuamente acumulando, tras de sí, sucesivas capas discursivas que parecen querer cubrir con palabras el espacio geográfico.<sup>3</sup> Estos textos se internan en la geografía, en el pasado y en las costumbres para trazar fronteras: entre la civilización y la barbarie, entre el pasado y el presente, entre lo que debe incluirse y lo que no en la totalidad nacional. Esta tradición se alimentó de la temprana literatura de viajes europea (como señala Pratt, no hay un solo número del *Repertorio Americano* donde no se cite a Humboldt) y promovió la publicación de otros textos que continuaron reproduciendo la relación entre una descripción literaria, el territorio que provee la materia del

texto y la identidad que en él se cuestiona y se afirma.

Los relatos producidos desde las naciones emergentes de América Latina sumaron otro elemento a esta coyuntura. Buscaron determinar las fronteras de la identidad nacional, estableciendo así una diferencia específica entre culturas demasiado jóvenes e inciertas de su propia naturaleza. Con procedimientos comparables a los de la cultura norteamericana, la narrativa del Cono Sur concibió la frontera como una posición para evaluar la Nación, localizando en ella una condensación semántica de la identidad nacional. Por eso frontera y americanismo a menudo coinciden: la idea de un "espacio vacío" —característico del territorio americano—, abierto a la ocupación y donde la Nación encuentra su misión, sostiene la expansión nacional en América Latina. Las palabras de Sarmiento en 1850 sirven para pensar esta idea:

Nuestros padres nos han dejado una inmensa herencia desierta, y una inmensa tarea que llenar para desempeñar nuestro papel de Nación y de parte constituyente del mundo. (...) Nuestro principal elemento de prosperidad son los terrenos baldíos, improductivos hoy, pero que pueden valer millones desde el momento en que se emprenda a distribuirlos a los colonos por un precio determinado (1916[1850]: 181).

Después del viaje por los Estados Unidos que tan vivamente lo impresionara, el escritor imagina para su país un destino donde la frontera y su colonización —como en la experiencia norteamericana— son piezas clave del proyecto modernizador. Es por ello que la figura de Frederick Jackson Turner emerge con frecuencia en los estudios latinoamericanos sobre esta problemática (Hennesy 1978; Ruiz-Esquide Figueroa 1993; Villalobos 1992; Viñas 1980). Su ensayo "The Significance of the Frontier in American History" (1893) dota de significado a la expansión norteamericana, que fue un modelo práctico y teórico para la política de fronteras en el hemisferio sur del continente.

En contraste con la literatura producida en América, la

from the  
GSA

pregunta por la identidad nacional no tuvo mayor relevancia en los relatos de viaje europeos. Darwin estaba más interesado en la posición que ocuparían los indígenas fueguinos en la escala de la evolución humana que en conocer qué bandera despertaba su lealtad. En la exploración de las fronteras nacionales en el Cono Sur, en cambio, se intentó cubrir de palabras el espacio nacional, emplear la literatura para desenterrar el pasado, fotografiar, interrogar y clasificar cada tipo social y sus costumbres, *siempre en relación con el marco simbólico de la Nación*.

Estos procedimientos suponían en la literatura una capacidad de agregación que hoy nos resulta difícil reconocer —y que no hay por qué aceptar— pero que es importante leer en los textos: su programa de transcripción narrativa; la confianza en la posibilidad de cartografiar lo real y establecer con la imaginación fronteras territoriales, cronológicas, políticas, raciales, lingüísticas. Dice Lastarria al respecto:

No hai sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser oriñinales en su literatura, porque todas sus modificaciones les son peculiares i nada tienen de comun con las que constituyen la oriñinalidad de la del Viejo Mundo. La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece vírjen; todavía no ha sido interrogada, aguarda que el jenio de sus hijos esplote los veneros inagotables de belleza con que le brinda (1868, II: 25-26).

El proyecto de colonización literaria del territorio suponía el establecimiento de una frontera cultural que debía coincidir con los límites geográficos de las nuevas naciones. La cultura contribuiría a la producción y a la unificación de las fronteras desfasadas. Las fronteras culturales, imaginadas por los letrados en textos que trazan cartografías de exclusión, debían superponerse a las fronteras de la Nación; las fronteras de la Nación debían eventualmente coincidir con las del Estado, aun cuando componentes determinantes

para su definición, como la misma noción de ciudadanía evocada por Mansilla en el epígrafe (¿son los indios argentinos o no?), no habían sido todavía nítidamente establecidas. Chile o la Argentina eran entonces unidades muy distintas de lo que son ahora. La distancia entre el proyecto nacional y su realidad efectiva era materia de debate en la producción cultural, que buscaba ser también artífice de la aproximación entre ficción y realidad.

Dentro de un espacio geográfico e imaginario percibido como vacío —*desierto* cultural y geográfico— quedarían incorporados los textos de la literatura de viajes europea. Desde allí comenzaría una nueva tradición nacional de representaciones del paisaje hilvanada por el referente espacial —el territorio y las culturas descriptos en los relatos.

El poder político pretendió insertar estos relatos, que llamaremos *literatura de la frontera*, en un plan de apropiación y homogeneización cultural nacionalista. La historia literaria también contribuyó en esta maniobra de territorialización, a través de su búsqueda por construir una doble genealogía que asocia territorio con literatura por un lado, y literatura con nacionalidad por el otro. Según el discurso de la historia literaria nacionalista, aquellos relatos que narran episodios o describen regiones del pasado de una cultura pertenecen naturalmente a esa cultura.<sup>4</sup> Esta idea asume la cultura como un *compositum* cristalizado y musealizado en el presente y proyectado desde allí en diversas direcciones espaciales y temporales. En este marco los relatos de viajes europeos son leídos como recorridos tempranos de la geografía nacional. Pigafetta presenta, de acuerdo con esta perspectiva, un retrato valioso aunque inexacto de la geografía argentina *anterior a la independencia*; Darwin traza un cuadro incorrecto y superficial de la araucanía chilena.<sup>5</sup> Retomar los relatos de viaje europeos, continuarlos y “corregirlos” desde la Nación sería un modo de afirmar y promover la ocupación cultural del territorio. La “chilenidad” de *La Araucana*, por ejemplo, o la misma “argentinidad” del *Facundo*, es tan sólo un efecto de esa maniobra de política cultural que construye una genealogía de la Nación apoyándose en representaciones espaciales de un territorio asumi-

do como propio e impermeable al flujo de la historia.

Esta articulación discursiva cumple un propósito en el proceso de territorialización: reconocer un antecedente en la literatura de viajes europea implica de algún modo recoger el espíritu de aquellos relatos y continuar, ahora desde la Nación, la empresa de colonización textual iniciada por los viajeros europeos que será percibida en este momento como una empresa inconclusa. Pero hasta esta maniobra performativa no resulta plenamente eficaz sin su complemento pedagógico, esto es, la publicación y puesta en circulación de los textos entre sus lectores nacionales y en el marco de una tradición cultural. Como lo expresa Anthony D. Smith "Constructing the nation is more a matter of disseminating symbolic representations than forging cultural institutions or social networks" (1995: 7).

Paisaje y Nación, entonces, son dos categorías que enhebran la producción literaria que este trabajo procura leer. Pero el interés está localizado en un momento específico de esa relación, manifestado en la literatura producida desde y sobre las fronteras de la Nación, durante su expansión en el Cono Sur de América Latina. El proceso de expansión nacional sobre los territorios marginales y apartados de la geografía sudamericana tuvo lugar simultáneamente con un florecimiento de la producción cultural que se propuso documentar y medir el espacio geográfico y simbólico de la Nación, procurando describir e indagar las fronteras nacionales.

La atención despertada por la frontera en la cultura proviene de varios factores. Los letrados chilenos y argentinos del siglo diecinueve encuentran en el paisaje una zona de condensación simbólica que la cultura debe recorrer, describir, ocupar, y donde acaso puedan despejarse algunas de las numerosas incógnitas que asedian la definición de una identidad nacional en la instancia poscolonial. Palpar los extremos del cuerpo de la patria puede contribuir a conocer la forma, aún incierta, de ese conjunto híbrido, parcialmente ignorado y en formación que son las naciones en el siglo diecinueve. Los viajeros nacionales no se apartan aquí del tropo del género, que supone en cada viaje una peregrina-

ción capaz de proveer un conocimiento único, que sólo puede revelarse a través de la experiencia. La frontera representa en este caso ese espacio revelador.

En otro nivel es posible leer el interés por la frontera bajo una voluntad de avance y apertura que buscaba articular una función opuesta a la establecida durante la dominación española. Si, como dice Tulio Halperín Donghi, la frontera había sido concebida durante el régimen colonial fundamentalmente como un dispositivo de control social y no bajo una voluntad de progreso sociocultural (1987: 193), serán estas últimas funciones las que buscarán ser asignadas a la frontera por intelectuales como Sarmiento o Lastarria, y donde la literatura encontrará su misión y la razón de su voluntad de intervención sobre la dimensión social.

Esto no significa soslayar que en función del "progreso social", como lo denomina Halperín, los modelos poscoloniales imaginados en la literatura suscribieron políticas de exterminio como el precio necesario de la modernización. Lo interesante es que ese perfil también se hace visible en los textos, según veremos en el segundo capítulo de este trabajo. Sarmiento refiere con satisfacción los resultados de las campañas militares contra los indios. En 1883, cuando la ofensiva ha culminado, enuncia estas palabras: "El Presidente castigó a Manuel Grande, cuán grande araucano era, mandándolo preso con ocho de sus mocetones y capitanejos a [la isla] Martín García, en medio del pavor del salvaje de la Pampa, al no divisar tierra de ningún lado, en el buque que lo transportaba, y exclamando ¡adonde llevando cristiano!" (1883: 104).

La oscilación entre estos dos polos —el control social y el progreso sociocultural— no será abandonada nunca por completo por la literatura de la frontera. Precisamente el último capítulo de este libro intenta investigar un nuevo desplazamiento generado a fin de siglo en el que la frontera reaparece con todo ímpetu bajo su función plenamente represiva y de dispositivo de exclusión. La Ley de Residencia (imaginada por un escritor, fundador también de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires:

Miguel Cané) y la agudización de la xenofobia en Chile y Argentina son evidencia de este retorno.

## II. El corte

Dos momentos de transformación cultural y transición histórica son examinados y comparados entre sí en los capítulos que siguen: los años 40 en Santiago de Chile, cuando se publica el *Facundo* de Sarmiento, y la última década del siglo XIX, en que tienen lugar narrativas de viaje a la Patagonia y Tierra del Fuego publicadas en Chile y la Argentina. El lapso intermedio no es estudiado en detalle y lo que en la Argentina se conoce como "el 80" ha sido tocado sólo tangencialmente. Dos razones motivaron este recorte. Además de que la literatura de la generación del 80 ha sido exhaustivamente estudiada por la historia cultural, se trata de un fenómeno argentino y urbano, con pocos puntos de contacto con otras culturas latinoamericanas. Por otra parte son los momentos de fractura más que los de consolidación aquellos que habilitan la emergencia de las voces críticas, y es entonces cuando se infiltran representaciones de la otredad que erosionan e incluso revierten la perspectiva enunciativa con la que el poder buscó programar estos relatos. La internación en la barbarie narrada en los relatos produce fisuras menos frecuentes en textos de narrativas urbanas donde la voz enunciativa parece más compacta y menos expuesta, experiencias de alteración cuasi etnográfica como las que encontramos en los relatos de la frontera. En los momentos de crisis e inseguridad y en la literatura de viajes aparece el miedo a la regresión, la degeneración y cierta nostalgia por límites nítidos. Entonces proliferan nuevos modelos sociales —dispositivos de regeneración, casi modelos carcelarios de cohesión social como el que puede leerse, entre otros, en *La Australia argentina*— que ponen en cuestión, a su vez, los mapas vigentes y se imaginan otras fronteras: de la Nación, de la literatura, de la cultura.

Entre los propósitos iniciales de esta investigación es-

taba el de procurar desafiar una aproximación estrictamente nacional y buscar puntos de comparación entre las culturas de América Latina. El siglo diecinueve, por ser el del nacimiento de las naciones y el de la fragmentación del continente en unidades, en proceso de convertirse en entidades autónomas, ofrece una valiosa oportunidad para el estudio de las culturas regionales y los procedimientos de unificación, segmentación y sutura imaginados en la literatura (Kaplan 1968; Oddone 1986). Pero leer la frontera en su dimensión extranacional, de articulación entre los estados en vías de formación y los dominios borrosos que buscaron ser anexados o expulsados por las naciones, no implica negar la particularidad de esa frontera. Es decir, este trabajo intenta explorar una zona de contacto múltiple, entre las narrativas nacionales y sus otros (indígenas y "extranjeros"), y considerar a su vez cómo la literatura de la frontera del Cono Sur elaboró un discurso sobre una región en disputa que reenvía las preguntas al sujeto que las formula. En su confrontación con la otredad, los intérpretes no cesan de escribir acerca de su propia identidad.

La producción de mitos nacionales y la acumulación de información sobre las nuevas entidades políticas se encuentran entre las funciones asignadas a la literatura que interviene activamente en este proceso. En el viaje interior, hacia las profundidades de la Nación en el espacio y en el tiempo, los textos asumen la empresa de representar las culturas fronterizas —la barbarie, los indígenas, las costumbres— desde una perspectiva nacional y americana, distinta de la mirada europea con la que continuamente debaten. Los escritores se convierten en "*indigenous ethnographers*" (Clifford 1986: 9) y buscan disputar a sus precursores europeos la autoridad de la palabra. La *porosidad* de este discurso, que lee, absorbe y discute un gran número de saberes y autores —desde Herder a Darwin, desde Pigafetta a Poe y Pierre Loti—, es índice de su propia inestabilidad, de la misma incertidumbre que impulsa la escritura —la resolución de un enigma: el de la forma de la Nación—. En los dos momentos estudiados es el espacio rural y fronterizo el que provee los mitos (Facundo, Colo Colo, el nuevo comienzo ca-

paz de torcer la crisis) y donde se relevan los datos para llenar el archivo. La ciudad, en contraste, es zona de disolución y pérdida de la identidad.

El resultado de la búsqueda es una descripción cultural que, debido a la misma porosidad del discurso que la articula, produce algo distinto de lo que estaba llamada a reconocer. Los componentes de la cultura representada forman un nuevo conjunto al final del viaje, y la totalidad se manifiesta como algo más que la suma de las partes.

De algún modo estos textos pueden leerse como fronteras de inclusión, espacios por los que se infiltran otras voces que reformulan la representación de la cultura nacional. Nada queda igual después del viaje a la frontera: el paisaje, la región, la imagen de la Nación y la perspectiva de la enunciación aparecen desplazados y afectados por un nuevo ángulo de observación que cambia al sujeto y al objeto de la escritura. La Nación no es la misma observada desde sus márgenes. Se produce paralelamente una progresiva internalización de la frontera, que será percibida crecientemente como una zona de intersección *interior a la cultura*, al determinarse en ella un comienzo. Ubicar la frontera ya no en la geografía sino en la temporalidad de la Nación (o lo que es igual: viajar a la frontera como en un viaje al pasado de una cultura), implica situarla en una suerte de inconsciente psíquico de la Nación y se trata quizás del procedimiento territorializador por excelencia (Bhabha 1994; Amy Kaplan 1994; Spurr 1993).

Es importante dedicar unas líneas a la categoría de literatura empleada en este libro, ya que, aunque este punto reaparece en distintos momentos del texto, sigue siendo una zona de saludable ambigüedad. Como lo señala Lionel Gossman:

There is nothing surprising about the range of the term literature in this early period. As the principal and virtually the sole means by which the accumulated culture of the highest strata of society was preserved and transmitted from generation to generation, literature was defined not, as among us, by its opposition

to science (...) but by its opposition to traditional oral and rural culture (1990: 33).

En efecto, la cultura es concebida bajo dos características sobresalientes en los textos aquí estudiados: 1) En oposición al mundo rural y oral que la literatura se propone describir y capturar y con el que establece una relación tensa ("paradójica", en palabras de Deleuze). La literatura acude al territorio fronterizo en búsqueda de rasgos de la nacionalidad, pero la frontera se presenta bajo su status ambivalente: exterior a la civilización pero interior —potencialmente interiorizable, territorializable— a la cultura. La literatura procura documentar ese material externo y subterráneo, propio y ajeno, con el que establece un vínculo contradictorio y productivo a la vez. De esa relación —del combate entre la civilización y la barbarie— nace el *Facundo*. 2) Para llevar a cabo este propósito la literatura convoca un arsenal heterogéneo de saberes que son combinados y manipulados en los textos. No hay oposición al discurso científico sino una alianza y hasta una mímica de su registro enunciativo. *Facundo* o *La Australia argentina* apelan a la ciencia, la historia, la narrativa de viajes y la literatura contemporánea para producirse a sí mismos. Navegan fronteras discursivas y se valen de las voces aliadas de las ciencias auxiliares para formular su proyecto de territorialización, al mismo tiempo que discuten y manipulan la información científica, mostrando de paso la literaturiedad de la palabra de la ciencia.

### III. El itinerario

Este trabajo comenzó a gestarse en torno a la lectura de un conjunto de relatos que narraban expediciones a la frontera y que se situaban también en una frontera discursiva en la que confluían literatura y ciencia, historia y ficción, cultura y política. Releer los viajes interiores y también la extensa bibliografía crítica publicada sobre este problema me condujo a pensar la frontera como un eje disconti-

nuo que reaparece en la cultura tanto en su lugar de objeto (de representación o de reflexión y análisis) como bajo la forma de una posición para observar e interrogar la naturaleza de la Nación.

Esta doble articulación de la frontera conspiró contra el establecimiento de un corpus rígido: por momentos los relatos sirven como evidencia de un determinado problema crítico, pero también la bibliografía secundaria puede proveer perspectivas sugerentes para elaborar la relación entre literatura y frontera. La condición "no ficcional" de los relatos de viaje y de los ensayos sitúa a las fuentes primarias en una posición no radicalmente distinta de la bibliografía crítica y académica más reciente: en ambos casos hay un objeto "exterior" al texto —la frontera— que debe ser definido cada vez.

Gran parte de la historiografía contemporánea, por ejemplo, continúa reflexionando sobre la frontera con las mismas premisas que articularon el discurso expansionista del estado durante el siglo diecinueve. Así vemos la concepción de la frontera como un "espacio vacío" y abierto a su ocupación como un supuesto presente en el discurso de Sarmiento, Lara y Turner, pero empleado con idéntico sentido en la bibliografía actual (Auzá 1980; Ferrari 1980). Lo mismo puede decirse acerca de la territorialidad de la Nación, donde con demasiada frecuencia se igualan Nación y territorio como dos conceptos indistinguibles y unánimes.

Otras aproximaciones formuladas desde afuera de la región tienden a homogeneizar la peculiaridad de la frontera en el Cono Sur y diluir toda característica diferencial bajo la categoría omnicomprendiva de América Latina. Se trata de una formación discursiva que podría definirse sin duda, siguiendo a Edward Said, como *latinoamericanismo*. Alistair Hennesy, en un estudio que sin embargo resulta estimulante y provocativo, afirma que en la región "there was no frontier experience which could provide the basis for a nationalist myth" (1978: 21).

El capítulo segundo, "Nación y expansión", comienza precisamente examinando diversos aspectos del proceso de ocupación de ese "espacio vacío" en Chile y en la Argentina.

Algunas de las hipótesis generales de lectura son establecidas allí en relación con textos y autores paradigmáticos de la literatura de la frontera. Los casos de Estanislao Zeballos, militar argentino y cronista de las campañas de ocupación de la Patagonia y de Horacio Lara, autor de *Crónica de la Araucanía* (Santiago, 1888), así como referencias a otros textos canónicos de la literatura fronteriza del Cono Sur, sirven como ejemplos preliminares del discurso que articula las narraciones de viaje. La coyuntura política que enmarca el horizonte de lectura de los textos constituye un elemento de importancia a la hora de examinar su posición en la cultura de la época, pero no basta para agotar su significación. La creciente representación de sujetos subalternos en los que la cultura encontró un material útil para la consecución de una literatura nacional constituye, en esta etapa del trabajo, otro elemento para intentar comprender el proceso por el que un territorio fue convertido en tradición.

Dos categorías importantes para los capítulos siguientes son también desarrolladas en el capítulo dos: el concepto de textualización y el de fronteras internas de la Nación. El primero proviene de la teoría antropológica y señala el procedimiento por el cual la cultura transforma los comportamientos, costumbres y culturas observados en la frontera en material escrito. Mediante este mecanismo, los "fragmentos" recortados por la mirada literaria son insertos en el conjunto mayor de la cultura nacional.

La textualización indirectamente localiza la posición de la frontera no en los márgenes de la Nación sino como un espacio conceptual intermedio, plenamente incorporado a la problemática cultural en la que se debatían Chile y la Argentina durante el siglo XIX. Las fronteras internas de la Nación, entonces, aparecen como una zona donde puede develarse la identidad y que provee un campo de investigación y producción literaria a los exégetas de la nacionalidad.

El capítulo tercero estudia la publicación del *Facundo* (1845) en Santiago de Chile, leído como una especulación etnográfica en torno al lugar de la barbarie en la cultura nacional. La doble articulación de la frontera en su posición de 1) objeto que la literatura debe ocupar para producir una

literatura nacional al servicio de la civilización (articulación pedagógica) y 2) como un espacio que deberá ser transformado para permitir la modernización de la Nación (articulación performativa), operan claramente en el texto y sirven para establecer un procedimiento reconocible en otras narraciones de la frontera.

El capítulo cuarto discute el establecimiento de fronteras cronológicas en la historiografía chilena. El ensayo de José Victorino Lastarria, *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile* (1844), es el punto de partida para un estudio sobre la organización del pasado en la instancia poscolonial. La textualización de la resistencia anticolonial indígena, en la que Lastarria encuentra un antecedente de la formación de la nacionalidad chilena, genera réplicas y un debate sobre la relación entre la Colonia y la República.

En palabras del escritor chileno:

“Había tenido que hacerme historiador, no tanto de los hechos, cuanto de las ideas; historiador de dos civilizaciones, una que caduca i otra que se levanta, porque necesitaba mostrar la deformidad, la incongrüencia, la ineptitud de la primera en nuestra época; i debía mostrar la marcha de la segunda, la manera como se realizaba, para adaptarla a nuestra situación” (1868: XI).

Sarmiento y Andrés Bello intervienen en la polémica, a través de reseñas bibliográficas comentando las *Investigaciones...*, y debaten con Lastarria acerca de cómo segmentar, narrar, enseñar y comprender el pasado y sus efectos sobre el orden poscolonial.

Finalmente, en el quinto y último capítulo, titulado “Desplazamientos finiseculares”, se examina una nueva emergencia de la frontera en narraciones de viaje a la Patagonia y Araucanía. En estos textos puede observarse una internacionalización de la frontera, que ya no opone a cristianos y salvajes o a bárbaros y civilizados, sino a argentinos con chilenos o a sudamericanos con británicos. Tampoco representa la frontera la amenaza inminente que ofrecía tan

sólo pocos años atrás, sino que constituye un signo plenamente internalizado en el imaginario cultural de la Nación.

En este sentido, los relatos componen imágenes del paisaje y relevan información destinada a discutir otras descripciones europeas de la región. Tanto Roberto Payró, autor de *La Australia argentina* (1898), como Santiago Marín Vicuña, autor de *Al través de la Patagonia* (1901), dialogan con Charles Darwin e intentan contestar opiniones formuladas por el científico inglés en su *Viaje del Beagle* (1833). La discusión de las imágenes construidas en los relatos europeos conduce a una crítica más profunda de la misión civilizadora occidental en Tierra del Fuego y de los efectos del encuentro colonial en las fronteras finiseculares.

#### IV. El artefacto

La relación con el discurso científico merece una atención especial. La teoría cultural ha estudiado la constitución de la etnografía como disciplina durante los mismos años en que se escribe la literatura de la frontera y, en particular, la relación entre obras como la de Joseph Conrad y Malinowski (Clifford 1986; Geertz 1988; Stocking 1991). El colonialismo —y en particular ciertas formas de colonialismo interior desarrolladas en los Estados Unidos— y la cultura marchan paralelos. Boas y el *Federal Bureau of Ethnology* actúan simultáneamente (y en colaboración) y sirven de modelo científico y político a los gobiernos del Cono Sur. Resulta interesante que, como lo expresa James Clifford, la etnografía apele a una retórica y a un modo de producción discursiva análogos a los estudiados por la crítica literaria y en particular por el postestructuralismo en la literatura. Por eso ha sido de gran contribución leer estos textos a la luz de la teoría cultural de la antropología moderna, aunque bajo un postulado ligeramente desplazado: no se trata aquí de leer cómo un discurso científico se organiza y construye en los términos de un texto literario; se trata de observar cómo la ciencia y la literatura convergen, chocan, se unen y se confrontan en la frontera discursiva. Los relatos mismos se

leen como una divisoria de aguas en la que esa indiferenciación de la que hablaba Gossman pierde neutralidad. Ciencia y literatura serán, cada vez más, territorios administrados por economías discursivas opuestas pero son todavía registros vecinos.

En particular se trata de leer el mapa desplegado por la cultura, trazado a partir de la descripción intensiva de una región; allí, en la frontera, los límites epistemológicos son elásticos y, como en la prehistoria de la antropología (ligada a discursos cercanos a los estudiados en estas páginas: informes de misioneros, crónicas oficiales, relatos de viajes, ensayos de interpretación cultural, historia), la literatura opera con la voluntad de una investigación científica. Procura resolver un enigma, trazar un mapa, descubrir la historia (organizar el pasado), localizar un fósil —una pieza *representativa*— que será expuesto en el museo de la cultura nacional.

El término *etnografía* ha sido privilegiado por varias razones. Además de su etimología ligada a la escritura y nada menos que la escritura de la etnicidad (la inscripción de la raza en el cuerpo de la Nación es una de las tantas operaciones simbólicas reconocibles en estos textos), hay una doble función de conexión entre espacios distantes y descripción cultural que es compartida por los relatos estudiados en este libro. En contraste con la antropología, “before the late nineteenth century the ethnographer and the anthropologist, the describer-translator of custom and the builder of general theories about humanity were distinct” (Clifford 1988: 28). La vocación taxonomista y clasificatoria de la literatura la aproxima entonces a la etnografía, y su operación de traducción —en el sentido de una intermediación entre dos culturas diferentes— permite comparar ambos discursos. También el hallazgo de “partes” asumidas como microcosmos o analogías de totalidades más comprensivas puede verificarse en las dos posiciones enunciativas: Araucanía es un “pequeño Chile” al que, sin embargo, es preciso conquistar, ya que presenta la amenaza de un “estado dentro del Estado” (Lara 1888); en la frontera se condensan las glorias y las miserias de la

cultura. La frontera es sinécdoque de la Nación.

Pero la condición de artefacto cultural que puede identificarse en la frontera tal como es manipulada en los textos no significa apartar de ella su condición histórica. De su historicidad emana precisamente su desafío ante la mirada del poder; reconocer que las fronteras pueden cambiar significa admitir que su localización no es permanente, que las fronteras no son expresión del espíritu de la patria, materialización de un oscuro *Volksgeist*. Es por ello que la frontera —su fluidez semántica, su nomadismo e inaprehensibilidad— buscó ser detenida, congelada por el discurso del poder. Con ese propósito intentó escribirsela y leérsela como algo fijo, inalterable, ahistórico, trascendental y natural: las fronteras de la Nación estaban allí desde siempre, como un testimonio de la morfología inveterada de la Patria; sólo bastaba que la ciencia determinara su itinerario (que las descubriera como un naturalista a un fósil) y la literatura lo revelara públicamente para desvanecer toda sospecha acerca de su localización. Así también podría despejarse toda incertidumbre acerca de las fronteras estatales, preocupación crecientemente alarmante para los custodios de la soberanía.

Otro camino igualmente dirigido a la neutralización de la peligrosidad de la frontera se encuentra en el historicismo que intentó “estudiarla en el borde de su extinción”. Esta política se propone en realidad promover su reclusión en el pasado para trazar desde allí una interpretación totalizadora de su papel en la cultura. Frederick Jackson Turner, responsable de esta tesis para la frontera norteamericana, anunció el fin (y el cierre) de la frontera en los mismos años en que los cartógrafos sudamericanos la exploraban (Turner 1893). Como Mitre en 1898 al prologar *La Australia argentina*, Turner proclamó el fin de la Historia desde Wisconsin, y esta clausura de las fronteras internas acaso reclama (y anuncia) el comienzo de una nueva etapa transnacional de la expansión norteamericana. El fin de la frontera representa la consecución de una “madurez nacional” —la Nación ha alcanzado sus límites físicos, posee una historia por detrás que la respalda y puede aventurarse más allá, en

búsqueda de nuevos horizontes. Según se discute con mayor detalle en los capítulos tres y cuatro de este trabajo, en las fronteras internas de la Nación —tanto en el Cono Sur como en los Estados Unidos— la literatura fabrica algunos de los arquetipos de la nacionalidad (Cf. Mogen 1989).<sup>6</sup>

Cabe recordar que la administración de la frontera en los Estados Unidos sirvió de modelo político en Chile y en la Argentina (Sarmiento envió una misión a Washington para estudiar la *Indian Policy* cuando era presidente) y también cumplió un papel protagónico en la constitución de la etnografía como disciplina científica (Cf. Hinsley 1983; Jones 1993).

La ciencia de la política y la política de la ciencia convergen en la literatura de la frontera, que puede leerse bajo los mismos postulados que dieron lugar a la formación de la etnografía. Como en ella, la literatura procura trazar el mapa racial de una región y produce, a partir del trabajo de campo, la descripción y la traducción realizadas por los viajeros-escritores. Son interpretaciones totalizadoras de la cultura —sinécdoques— a partir de una observación focalizada. Esos diagnósticos servirán eventualmente a la política de expansión nacional e imperial.

Esto no quiere decir que los textos operen en un nivel puramente ideológico. Al discutir las fronteras de la Nación la literatura expone y hace visible la política del estado; señala la condición histórica de las fronteras (mostrando su metamorfosis en el tiempo y el espacio); trafica una iconografía que es introducida en el cuerpo escrito de la cultura nacional y transportada desde la frontera a las ciudades donde los textos son publicados, exhibidos y leídos. Todos estos efectos sin duda se revelan de gran incomodidad para el poder político, que sistemáticamente elige no leer —“olvidar”— esta denuncia (Cf. Mitre 1898).<sup>7</sup> Por el contrario, el poder amordaza la emergencia del horror y petrifica en estatuas incluso a los sujetos que con más encono resistieron el avance modernizador del Estado.<sup>8</sup>

También la historia literaria y la historiografía nacionalista pueden pensarse como cómplices de este gesto, al leer la literatura de la frontera bajo un paradigma nacional

y épico o al ignorar la dimensión extranacional de la frontera. ¿Es posible seguir leyendo el enfrentamiento colonial unilateralmente dentro de la Nación, asumiendo la jurisdicción del Estado —y la posición de la frontera— como algo dado, ahistórico, inmutable? ¿Se puede continuar atribuyendo la nacionalidad argentina o chilena a los indígenas que resistieron la expansión de la Nación? ¿Cuáles son las consecuencias de la nacionalización de la literatura anterior a la formación de las naciones en América Latina? ¿Qué se obtiene y qué se pierde en esta operación hermenéutica que delimita y fracciona la producción cultural, reproduciendo el mismo gesto con que el poder procuró programar la literatura de la frontera?

Tanto una lectura como la narración de la frontera, consideradas en sus múltiples caras y ambivalencias, necesariamente ponen en cuestión la localización de una división articulada por la ley del Estado —los límites jurídicos entre las naciones—, exhibiendo la artificialidad de su localización y señalando en su posición, la voluntad del poder. Sin embargo, tal como lo ha expresado Clifford Geertz:

To argue that the writing of ethnography involves telling stories, making pictures, concocting symbolisms, and deploying tropes is commonly resisted, often fiercely, because of a confusion, endemic in the West since Plato at least, of the imagined with the imaginary, the fictional with the false, making things out with making things up. The strange idea that reality has an idiom in which it prefers to be described, that its very nature demands we talk about it without fuss —a spade is a spade, a rose is a rose— on pain of illusion, trumpery, and self-bewitchment, leads on to the even stranger idea that, if literalism is lost, so is fact (1988: 140).

La literatura construye en la frontera una posición para leer la Nación e imaginar una nueva forma, pero esto no significa que la materia de su narración sea puramente imaginaria. Si la Nación debe ser leída como una formación social moderna, esto no implica desconocer su composición

sobre tradiciones culturales y acontecimientos históricos de los que se nutre y que forman la materia de su narración. La irrupción del horror no es un artificio literario sino una de las condiciones propias de los textos-frontera, que son desbordados por las imágenes capturadas en la situación colonial. Es también el resultado de la ominosa presencia del otro *dentro* del discurso literario. "The other —dice Homi Bhabha— is never outside or beyond us; it emerges forcefully, within cultural discourse, when we *think* we speak most intimately and indigenously between ourselves" (1988: 4).

El desequilibrio y la inquietud provocados por la irrupción del otro en el discurso nacional debe servir para rehuir toda consolación y certeza acerca de la identidad, la cultura y la Nación. Pensar las fronteras culturales acaso pueda servir para erosionar una distribución empobrecedora que eligió inmovilizar las tradiciones literarias *dentro* de la Nación, superpuestas a un mapa trazado por el poder y que no es el mismo que puede leerse en la visión extrañada de la literatura en la frontera.

## NOTAS

<sup>1</sup> Deleuze (1989: 50).

<sup>2</sup> Mansilla (1993: 508).

<sup>3</sup> Por eso mismo estos textos son a menudo "corregidos" por sus lectores y críticos, o son pensados ellos mismos como "instrumentos de corrección" de otros textos. Uno de los casos paradigmáticos es el de Darwin, leído como arquetipo del discurso científico y sin embargo cuestionada su representación "negativa" del paisaje patagónico. Cf. Bello (1884 [1844]), Payró (1898), Marín Vicuña (1901).

<sup>4</sup> Un ejemplo interesante de esta operación sería el de W. H. Hudson, leído en la Argentina como un escritor argentino (Franco 1980). El capítulo de Ahmad sobre la literatura india ha sido de gran importancia para pensar estos conceptos.

<sup>5</sup> Véanse como ejemplos de esta lectura Feliú Cruz (1962); Ferrari (1980); Martínez Sarasola (1992); Menéndez (1982); Villalobos (1992).

<sup>6</sup> También, como señala Hebe Clementi, Turner escribe el texto correspondiente a la voz "Estados Unidos" en la decimoprimera edición de la *Enciclopedia Británica*. Puede verse una vez más a la frontera operando aquí como sinécdoque de la Nación (Cf. Clementi 1968). Respecto de la relación entre Turner y el imperalismo, dice Faragher: "Woodrow Wilson —who declared that all his ideas about expansion originated in conversations with Turner when they were both graduate students at Johns Hopkins— wrote that with the continent occupied 'and reduced to the uses of civilization', the nation must inevitably turn to 'new frontiers in the Indies and in the Far Pacific'" (Faragher 1994: 7).

<sup>7</sup> Renan decía que el olvido o incluso el error histórico eran un factor crucial en la creación de una Nación y de allí el peligro representado por los estudios históricos para el principio de la na-

cionalidad (1990 [1882]: 11). Podría pensarse que el gesto de represión de las memorias del nacimiento de la Nación —el estadio liminal simbolizado en la frontera— se encuentra no en los textos que narran la frontera sino en la lectura de esos textos. Una nueva lectura puede reflotar esos recuerdos reprimidos que siempre estuvieron allí, pero que la lectura oficial eligió “olvidar”.

<sup>8</sup> Es importante recordar en este sentido que algunos de los estudios más provocativos —y alejados de una perspectiva nacionalista— producidos en torno a la frontera fueron publicados en el exilio. Tal es el caso de dos obras fundamentales: *Indios, ejército y frontera*, de David Viñas, y *Los vengadores de la Patagonia trágica*, de Osvaldo Bayer; entre los estudios realizados por investigadores chilenos cabe mencionar el sugerente trabajo de Leonardo León “Alianzas militares entre los indios araucanos y los grupos indios de las pampas: la rebelión araucana de 1867-1872 en Argentina y Chile”, en *Nueva Historia* (Londres), año 1, núm 1, 1981: 3-49, y la producción del grupo de historiadores chilenos nucleados en torno a esa revista. Los tomos iniciales del trabajo de Bayer fueron quemados públicamente por la dictadura militar argentina y el último debió ser publicado ya en el exilio. El grupo de historiadores chilenos encontró refugio en Europa durante los años de la dictadura militar en Chile.